

AMANDA SEIBIEL

Busco Feeling.com



Max Estrella

Erótica

Mayores de

18

Un pueblo de mierda

Otro día más de mi vida en el pueblo más aburrido y sin posibilidades que a Dios se le pudo ocurrir crear sobre la faz de la tierra. Tuve que nacer donde tener wifi es un privilegio y encontrar trabajo un puto milagro. Pero, ¿qué le vamos a hacer? Uno no puede escoger eso; si no, hubiera elegido Las Bahamas o Nueva York. Pero aquí, en ninguna parte, es donde me tocó nacer y ahora tengo que aguantarme.

Apenas llegamos a fin de mes con el sueldo de albañil de mi padre, mi madre se mata a limpiar casas por horas y yo... yo me saco unos pavos cuando me llama alguien para que la peine o le haga un tinte en su casa. No hay dinero para abrir una peluquería propia y la del pueblo ya tiene las vacantes ocupadas. No tuve la opción de estudiar una carrera como Dios manda, así que me conformé con un curso de peluquería, algo que mi madre me echa en cara todos los días, por no haber escogido algo más productivo. A mis veinticuatro años sigo dependiendo de mis padres y, como siga así, me veo soplando las velas de los cuarenta a su lado.

Miro el calendario y tacho el día cuatro de mayo. Hace un frío que pela y me ha llamado mi amiga Dania para que me acerque a su casa a cortarle el pelo. Tiene mi edad y también está harta de vivir en el fin del mundo. Y eso que ella tiene la carrera de Magisterio. Pero lleva una carga demasiado pesada para vivir en un lugar como este. Es lesbiana y no está bien vista por los lugareños tan ejemplares y quisquillosos de aquí. Todo se sabe y enseguida te ponen la cruz en la frente como seas un poco diferente o destagues en algo fuera de lo común. ¡Viva la hipocresía!

Tampoco es que la carrera ayude mucho. La estudió más por obligación que por otra cosa. Su madre se lo impuso, pues es profesora de primaria en el colegio del pueblo. Dania es muy peculiar y no ejerce. Se pasa todo el día de picos pardos y fumando porros. Y eso a pesar de que su padre, Alejo, es guardia civil. Pero a ella se la suda todo un poco. A mí me cae muy bien y me encanta pasar el rato a su lado. De paso, aprovecho para ver a su padre, que está más bueno que el pan. Alto, rubio, con esos ojazos castaños... Está tremendo para sus cuarenta y cuatro añazos.

—Aura, me voy a trabajar a la casa de Mercedes —dice mi madre—. Recoge tu habitación y pon un poco de orden. Llegaré al mediodía. Ya he dejado la comida hecha.

Luego me mira con cara de pocos amigos, como siempre.

—Tengo que ir a casa de Dania a cortarle el pelo —le replico.

—Uf, siempre igual. No sé por qué andas con esa chica. No te conviene... —bufa con desagrado.

—Porque es mi amiga. No empieces con lo mismo. Ser lesbiana no es nada contagioso —le digo con ironía—. No te preocupes, mamá.

—No tengo ganas de discutir contigo, tengo trabajo. A ver cuándo podrás decir tú lo mismo.

Pullita directa a la cabeza.

—No lo sé. Si no viviéramos en este pueblo de mierda... —le suelto con rabia.

Mi madre me mira y aprieta los labios. Me da la espalda y sale dando un portazo. Este es el día a día entre nosotras. Discusión tras discusión.

Hago la cama a toda prisa y paso de lo que me dice mi madre. Me pongo el plumas y salgo hacia la casa de mi amiga, que está a cinco minutos caminando. Apenas se ve gente por la calle y el día es de lo más triste que te puedes echar a la cara. Me subo el plumas hasta taparme la cara y voy con resignación hasta la casa de Dania.

Mi amiga me recibe en su enorme piso con una amplia sonrisa. Vive muy bien y no le falta de nada.

—¿Hace mucho frío fuera? Traes la cara colorada y tienes las manos heladas —me dice al tocarme, nada más entrar.

—Pues sí, hace una rasca de mil demonios. Para variar.

Me quito el plumas y noto el calor de la calefacción sobre mi cuerpo.

—Ven, vamos a mi cuarto —me dice—. Quiero que me cortes el pelo a tope.

—¿Estás segura?

—Y tanto. Estoy harta de ir con el pelo como le gusta a mi madre. Ya es hora de tenerlo a mi gusto —se ríe con maldad.

Miedo me da lo que está pasando por su cabeza. Tiene una melena que le cubre la mitad de la espalda.

Entramos en su habitación y ya tiene preparado todo en el cuarto de baño. Porque tiene baño privado para ella sola. Le pongo una toalla sobre la espalda y le humedezco la melena.

—¿Cómo te lo corto? —le pregunto, un tanto acojonada.

—Cortito del todo, como un chicote —me sonrío divertida.

—¿Sabes que la vas a liar parda? —la advierto antes de sacar las tijeras.

—Por supuesto —dice toda convencida.

—Pues vamos allá.

El primer tajo me duele más a mí que a ella. Dania parece feliz al ver los mechones de su larga cabellera caer al suelo. Yo imagino mi melena rubia siendo decapitada y no lo soporto. Sigo con mi trabajo hasta dejarle el corte de pelo que me pide. Cuando termino, compruebo con asombro que le favorece. Está muy guapa y ella se mira al espejo muy complacida mientras se toca su liberada cabeza.

—¡Me encanta! —exclama feliz.

—La verdad es que te queda muy bien. Te favorece mucho.

—¡Buah! Cuando me vean mis padres...

—Joder, Dania. Mira que te gusta provocar.

Recojo todas las cosas y barro el pelo sobrante del suelo. Mientras, mi amiga se admira en el espejo. Yo imagino al buenorro de su padre sacando el arma reglamentaria y pegándome un tiro por haberle hecho eso a su hija. De pronto me entra el pánico. Miro a mi amiga y esta se enciende un porro de marihuana. Está tumbada boca arriba en la cama y lo disfruta como una enana.

—Ven, dale una calada —me dice, invitándome a su fiesta particular.

—Ahora no quiero. Es muy temprano para mí.

—No seas sosa. Solo una calada.

Me acerco a la cama y cojo el petardo. Le doy una calada y me hace toser. Lo ha cargado demasiado. Dania se ríe de mí.

—No te rías, idiota. Te has pasado con la mierda esa.

Pero el porro hace su función y enseguida me entra la risa floja.

—Dale otra. Está de vicio.

—Como entren tus padres, verás la que se va a liar —digo medio colocada.

—Mi padre está en el curro, igual que mi madre. Hasta el mediodía no llegan. Toda la casa es para nosotras.

—Ya, como si hubiera algo mejor que hacer —suspiro de aburrimiento.

—Menudo asco de pueblo. Si echo de menos la universidad es por no estar aquí. Paso las horas mirando al aire sin saber qué hacer. Tengo que irme de aquí o me volveré loca —me confiesa y luego da otra calada.

—Tú puedes. Tienes los medios y una carrera. ¿Qué te lo impide?

—¿Unos padres protectores? —me pregunta con ironía—. Me tienen harta. Me tratan como una niña pequeña, pero ya no lo soporto más.

—No te quejes. A mí, mi madre me trata como un estorbo. Dice que no valgo para nada. Si pudiera, me marcharía hoy mismo.

Nos miramos y rompemos a reír de lo ridículo de la situación. Dos jóvenes sin oficio ni beneficio tiradas en una cama a las diez de la mañana fumando un canuto. Al final, con el efecto de la droga, nos quedamos dormidas.

La puerta de la habitación se abre de golpe y las dos nos incorporamos un poco aleladas. Cuatro ojos nos fulminan con la mirada. Los padres de Dania están en la puerta, clavados, sin decir una palabra, aunque diciéndolo todo. Miro a mi amiga y ella se echa a reír delante de sus caras.

—Hola, mamá. Hola, papá. ¿Queríais algo?

Los desafía sin cortarse un pelo.

—¿Qué significa esto, Dania? —chilla su padre.

—¿Y tu melena? ¿Qué has hecho con tu melena?

Ahora es su madre la que pone el grito en el cielo.

Yo salto de la cama muerta de la vergüenza e intento escabullirme, pero su padre me sujeta por el brazo.

—No tan rápido, señorita —gruñe desde lo alto de mi cabeza—. Me tenéis que dar una explicación.

Lo miro y no puedo evitar fijarme en lo guapo que es, lo que hace que me sonroje más de lo que ya estoy.

—No ha pasado nada, don Alejo. He venido a cortarle el pelo a su hija y, con la tontería, nos hemos quedado dormidas. Dania y yo solo somos grandes amigas, nada más —le explico a toda velocidad.

—¿Te crees que soy imbécil? Aquí huele a marihuana. ¿Habéis estado fumando en casa de un guardia civil? ¿Sabéis en qué lío me podéis meter si os encuentran esa mierda?

Está enfurecido y me clava los dedos en el brazo.

—Papá, deja a Aura en paz —chilla mi amiga—. Ha sido culpa mía. Ella ni siquiera quería fumar.

Su padre me suelta y yo, por fin, consigo respirar con tranquilidad.

—Voy a llevar a tu amiga a casa y a hablar con sus padres. Luego me ocuparé de ti, señorita —amenaza a Dania.

—No seas carca. No es para tanto. ¿Qué vamos a hacer en este pueblo de mierda? ¿Acaso tú no fumaste cuando eras joven? —le pregunta, rebelándose ante él.

Su madre se acerca y le da una bofetada. Yo me quiero morir ante aquella situación. Dania se lleva la mano a la mejilla, colorada por el sopapo.

—Te odio —le grita.

—No vuelvas a hablarnos así —exige su madre—. Somos tus padres y debes respetarnos.

—Os odio. Fuera de mi habitación —chilla enervada.

Alejo me empuja con suavidad y me saca de la habitación. Su madre nos acompaña. Echo un último vistazo antes de que se cierre la puerta y muevo los labios en un «lo siento» que le envío a mi amiga, aunque sin emitir ninguna palabra. Tengo el corazón roto al ver a Dania tan afligida. Ahora veré lo que me espera a mí.

Al estar solos en el salón, Encarna, la madre de mi amiga, me lanza una mirada asesina.

—¿Por qué le has cortado la melena a mi hija?

Yo miro hacia abajo, pues no soy capaz de mirarla a los ojos.

—Porque ella me lo pidió —respondo—. Intenté convencerla de que no lo hiciera, pero lo tenía muy claro.

—¿Sabes cómo la pondrá la gente ahora?

Levanto la cara y la enfilo sin cortarme.

—Pensé que le importaba su hija, no lo que piensen los demás —le espeto.

Aquello le pilla desprevenida y se enfada.

—Maldita descarada —rechina los dientes—. No eres ninguna buena influencia para ella. Espero que entre en razón y deje de verte. Necesita relacionarse con gente de su misma posición, no con muertas de hambre.

—¡Encarna, ya basta! —le reprocha su marido.

Tengo los ojos encendidos por las lágrimas que pugnan por salir, pero no le voy a dar el gusto. Se ha pasado cuatro pueblos y medio, pero no pienso entrar al trapo.

—Señor, no hace falta que me acompañe —le digo muy seria al guardia civil—. Conozco el camino a mi casa.

—Lo siento, Aura, pero voy a llevarte a casa. Quieras o no.

—Eso, habla con sus padres y dile que no quieres que se acerque a nuestra hija —insiste Encarna.

—¡He dicho que ya basta! —levanta la voz Alejo.

Me sobresalto, igual que su mujer. Tiene una voz imponente y ella no replica nada más. Se da media vuelta y desaparece, encerrándose en su habitación.

Alejo y yo salimos y nos metemos en el ascensor que nos lleva hacia el garaje, donde tiene su coche particular.

Mi cabeza va a mil por hora. No entiendo cómo puede haberse distorsionado todo en un solo momento. Dania y yo nos conocemos de toda la vida y Encarna sabe que jamás le haría daño de ninguna forma. Tampoco entiendo ese ataque hacia mi persona. No tiene

sentido tanta agresividad hacia mí y esa manera de humillarme. No pienso dejar de ver a mi amiga por muy chulita que se ponga.

—Sube al coche —dice, y señala su Jaguar XE azul metalizado.

Niego con la cabeza y me cruzo de brazos. Él me mira confundido.

—No pienso subir hasta aclarar esto —digo firmemente.

—No lo hagas más difícil...

—No voy a darles a mis padres un disgusto que no tiene sentido. No he hecho nada malo y no pienso romper mi amistad con su hija. La conozco de toda la vida y, porque vosotros, los mayores, digáis por las buenas que tiene que ser así, no estoy de acuerdo.

Enarca una ceja y me mira con curiosidad.

—Tienes carácter... Aprecias a mi hija de verdad. Eso es de admirar. ¿Por qué la defiendes?

—Porque es mi amiga —contesto—. Sí, hemos fumado y no está bien. Pero no tienen derecho a obligarnos a que sacrifiquemos nuestra amistad. En este pueblo ya tenemos pocas cosas como para que, además, nos priven de eso. No es justo y no lo voy a permitir.

Alejo se acerca y me escrudiña con la mirada. Es un hombre alto, guapo e imponente. Tuvo a su hija demasiado joven, con veinte años, y es tremendamente atractivo. Sé que no está bien mirar al padre de una amiga con deseo, pero es que está demasiado bueno y eso no abunda en el pueblo.

—¿Por qué me miras tan fijamente? —pregunta de una manera poco paternal.

La saliva se me espesa y me cuesta tragar.

—¿Cómo le miro?

—No sé definirlo, pero siempre te pillo mirándome fijamente. No sé si me odias o es admiración. Nunca he tenido la oportunidad de preguntártelo.

De pronto, el aire se hace denso y me cuesta respirar.

—No le odio, señor. Puede estar seguro.

Carraspeo y él aprovecha para acercarse más a mí. El corazón se me desboca. Lo escucho palpar en mi cabeza.

—Entonces me admiras —afirma en voz baja.

—Señor...

—No me llames señor —me interrumpe—. Llámame Alejo.

Miro a mi alrededor y apenas hay luz. Está demasiado cerca y escucho su respiración acelerada. ¿O es la mía?

—Está bien —digo—. ¿Me llevas a casa?

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

Ahora es él quien me devuelve la pelota y esquiva mi pregunta.

—Claro, señ... Alejo.

—¿Tienes novio? Porque eres una mujer preciosa.

La luna acaba de descolgarse del cielo y está a punto de aterrizar encima de mí, aplastándome ipso facto.

—No. No-ten-go —balbuceo a causa de los nervios.

Me pasa la mano por la cabeza y acaricia mi melena rubia. Arrastra un mechón entre sus dedos. El corazón se me detiene de golpe.

—No lo puedo entender —sigue él—. Creo que no hay en el pueblo una mujer tan linda como tú. Cualquier hombre estaría loco por tenerte.

Se humedece los labios y yo quiero morirme.

¿Eso es una insinuación? ¿El hombre con quien he fantaseado miles de veces me está tirando los trastos? Las preguntas se acumulan en mi cabeza. Pero no puede ser verdad. En este pueblo los sueños no se hacen realidad. Me hago la loca, sonrío y finjo como que la cosa no va conmigo. Luego me separo de él y voy hacia el asiento del copiloto para abrir la puerta del coche.

Entonces ocurre lo impensable.

Alejo viene tras mis pasos y me agarra de un brazo, me da la vuelta y, antes de que pueda procesar lo que está a punto de pasar, me estruja entre sus brazos y me planta un morreo de esos que te quitan la respiración. Al principio me quedo parada, pero cuando siento el calor de su cuerpo pegado al mío y su lengua dentro de mi boca, exploto como un volcán y le devuelvo el beso con efusividad. Sus labios son suaves y carnosos y su lengua cálida. Me besa con pasión y sus manos revolotean por mi cuerpo hasta aterrizar sobre mis pechos. Me asusto, pero luego gimo de placer. Me estoy encendiendo como un

fósforo y las bragas están empezando a mojarse por el calentón súbito que me proporciona el padre de mi amiga.

—Aura, he pensado tantas veces este momento... —susurra en mi boca.

Me estoy morreando con el guardia civil más potente del pueblo y en el aparcamiento de su casa. No doy crédito. Sin embargo, un segundo de raciocinio se cuele en mi cerebro y me separo de él.

—No debemos. No está bien —le digo—. Si se enteran en el pueblo estamos muertos. Y eso sin contar que estás casado y eres el padre de mi amiga.

Me llevo las manos a la cabeza por mi momento de lujuria y locura.

Alejo no quiere cesar en la oportunidad de tenerme. Vuelve a la carga, me abraza y me mete de nuevo la lengua en la boca. Yo sucumbo a sus encantos y me dejo llevar por su tórrido beso. Puedo notar su erección sobre mi sexo. Se restriega y me está poniendo tibia. Deseo a ese hombre más que a nada en este mundo.

—Aura, eres tan hermosa... Te deseo —susurra, cachondo perdido.

—Yo también te deseo —confieso al fin.

Me pierdo en sus besos y rompo un poco la timidez, por lo que me atrevo a acariciarle el torso. Está duro y macizo. Aquello me pone más loca todavía y hace que mi deseo se acreciente.

Empieza a luchar con el botón de mi pantalón y entonces me asusto. No es el lugar adecuado. Estamos en su edificio y puede bajar cualquier vecino y vernos; incluso su mujer. Así que vuelvo a separarme de él, muy a mi pesar.

—Aquí no podemos... —susurro agitada—. Pueden vernos.

Alejo se recompone y me acaricia el rostro.

—Tienes razón. Me haces perder el norte. Eres más madura de lo que creía, pero necesito estar contigo ahora que te he probado.

No me puedo creer esta situación. Es mi fantasía, e implora por estar conmigo. Creo que es un sueño del que me puedo despertar en cualquier momento.

—Ahora ya no puedo venir a casa a ver a tu hija. No sé cómo lo vamos a hacer.

Me encojo de hombros.

Él contesta de inmediato:

—No te preocupes. Yo me encargaré de solucionar ese problema con Encarna. Mañana quiero verte en el hotel que hay a las afueras del pueblo. Allí nadie nos conoce.

—Pero no puedo desplazarme hasta allí. No dispongo de coche y un taxi cuesta un dineral que no tengo.

Entonces, Alejo saca un billete de cincuenta euros y me lo da. Me niego a cogerlo, pero él insiste.

—Es para el taxi —me dice—. A las cuatro de la tarde te espero. No faltes, por favor.

Vuelve a besarme y mi mundo se desintegra. Si besa así de bien, ¿cómo será follar con él? No pienso perdérmelo por nada del mundo. Por fin algo emocionante en mi vida. Cojo el dinero y lo guardo en el bolsillo del pantalón.

Subimos al coche y me lleva a mi casa. Evidentemente, no baja ni le dice nada a mis padres. Solo me recuerda que no falte a mi cita de mañana.